

MARÍA CASCALES ANGOSTO

Hoy nos reunimos para celebrar el centenario de Don Ángel, evocar su figura y analizar desde diferentes puntos de vista el sentido de su vida. El 100 representa un número mágico que posee un gran valor emblemático. Cien es el número de años de un siglo y se usa cien o ciento para expresar abundancia de algo. Este año se cumplen 100 años del nacimiento de Don Ángel y yo quiero traerles a la memoria un hecho trascendente en su vida académica, las CIENT Y MÁS DE CIENT Tesis Doctorales que fueron realizadas en su Departamento en los cuarenta y dos años de su vida como Catedrático de Universidad y Director de Departamento.

Hace poco encontré un modesto folleto que se publicó en el otoño de 1976 con ocasión del homenaje a Don Ángel ante estas cien Tesis Doctorales. Alcanzar este número centenario, fue un hecho insólito, que se celebró con la lectura de la Tesis número cien, en el Aula del Departamento. Esas cien Tesis han llegado a completar las 128 en 1982, fecha de la jubilación de Don Ángel.

En el folleto al que antes aludía, se recogen, además de las primeras cien Tesis Doctorales con sus autores y títulos, los discursos correspondientes de José Antonio Cabezas, que habló en nombre de los Doctores, de Don Ángel, en contestación y del Rector Ángel Vián Ortuño, que cerró el acto. Fue un acto entrañable, que recordaré siempre, tanto, que cuando murió Don Ángel, hace siete años, quise, reeditar esta publicación, en el libro homenaje que publicó esta Academia, la busqué con gran interés, y nadie me dio noticias de ella. Parecía que se la había tragado la Tierra. Pero, casualmente, hace pocos meses, tuve la sorpresa de encontrarla.

Entre los autores de las Tesis la mayoría son doctores en Farmacia, pero también los hay doctores de, Medicina, Ciencias, Veterinaria, etc. También hay doctorandos de México Argentina, Chile, Palestina, Jordania, etc. Sería interminable comentar los temas sobre los que versaban las Tesis y agruparlos, pero no es hoy el momento de hacerlo y eso nos llevaría tiempo. Voy a remitirme a citar a aquellos autores de esas cien Tesis Doctorales que alcanzaron la distinción de

Académicos, empezando por aquellos que ya nos dejaron: Manuel Sanz Muñoz, Miguel Dean Guelbenzu, José Lucas Gallego, Vicente Villar Palasí, Dolores Stamm Menéndez, Carmen García Amo, y Ana María Galarza Basanta. Entre los vivos: David Martín Hernández, Francisco Tomás Lorente, José Antonio Cabezas, José Antonio Muñoz-Delgado, Federico Mayor Zaragoza, la que les habla, Bartolomé Ribas, Francisco Ferrándiz, José Luque Cabrera, José Miguel Ortiz Melón, Evangelina Palacios Alaiz, y Manuel López Pérez.

De las restantes veintiocho que me facilitaron en el Departamento de Bioquímica, hasta 1982, tengo que destacar la de sus hijos María del Rosario y Miguel Ángel, y al académico Sebastián Cerdán García Esteller.

No hay duda que estos 128 doctores somos los verdaderos discípulos de Don Ángel, los que tuvimos la suerte de ser aceptados como doctorandos, los que durante años, compartimos el día a día con tareas científicas y docentes en el Departamento, los que aprendimos a saber lo que era un laboratorio, los que encontramos un ambiente propicio para la investigación y los que cuando nos trasladamos a hacer una estancia postdoctoral fuera de España, teníamos el orgullo de poseer un bagaje de conocimientos más que importante. Fruto de ello han sido los numerosos profesores universitarios, investigadores del CSIC y profesionales de laboratorios y hospitales, tanto en ciudades de España como del extranjero, que han salido de este Departamento, con su flamante título de Doctor bajo el brazo. En esos años de formación también compartimos la amistad, y citando a Gerardo de Diego, en el valor de los recuerdos, esa amistad que existe por enzima del tiempo, como virtud eterna, como correspondencia vital, que es permanente y no se interrumpe con la muerte.

No creo que exista ningún profesor universitario que haya realizado la obra de formar un grupo tan grande, cuya formación haya llevado implícita la consecución del grado universitario más elevado, el de Doctor, el Philosophy Doctor de los anglosajones. Es la realización de la Tesis Doctoral donde se unen más íntimamente la docencia y la investigación: enseñar a investigar. En tal relación no se sabe cuando empieza la enseñanza y acaba la investigación, pues la persona que dirige aprende con la evaluación de cada experimento y la dirigida enseña, a su vez, con el ímpetu de sus ideas jóvenes.

Con ocasión de la muerte de Don Ángel vino a mi memoria una frase que pronunció Ángel Vián Ortuño, en su discurso con motivo de este homenaje a las cien Tesis, Esa frase era "una deuda impagable". El Rector Ángel Vián Ortuño se expresaba entonces de la siguiente manera. Voy a leerles el párrafo dedicado a Don Ángel, porque es magnífico:

" ... Por lo que su vida tiene de ejemplaridad universitaria, El Rector se ha unido a este homenaje, lo hace suyo, lo apunta en los anales de la Universidad y se felicita y felicita a la Facultad de Farmacia por todo lo que el acto presente es y representa. Y por lo que la vida universitaria de Angel Santos Ruiz tiene de envidiable para todo maestro, el compañero que ahora os habla quiere abrazarle con la mayor cordialidad y con la mejor de las envidias, la que no lo es; la que lleva a la admiración; la que invita a superarse ante el ejemplo preclaro, evidente y próximo. Tan preclaro, tan evidente y tan próximo, como es el caso entrañable de Ángel Santos Ruiz, con quien la Universidad tiene ..., la "deuda impagable de su fecundidad académica."

Todos nosotros, sus discípulos, sus alumnos, sus amigos, sus compañeros y todos los que le hemos conocido y los que hemos recibido la influencia de sus enseñanzas tanto científicas como humanas, tenemos con nuestro Don Ángel una deuda impagable.

Son varios los homenajes que se le han dedicado a Don Ángel, en vida, en esta misma Academia:

A sus noventa años, como Socio de Honor de la SEBBM, la imposición de la Medalla Carracido, etc. Su asiduidad hizo que fuera el académico que contaba con más asistencias. La Academia representaba para él algo tan importante, que antes de morir quiso donar todas sus medallas y condecoraciones, al Museo de la Academia. Carmen Francés puede atestiguar el interés que Don Ángel tenía por este Museo que él creó y bautizó como "Sala de Recuerdos". Al principio estuvo en la planta baja, pero después cuando se consiguió recuperar los locales del Toxicológico, la Sala de los Recuerdos y Hoy Museo reconocido de Historia de la Farmacia pasaron al segundo piso de esa parte del edificio.

Este legado de Don Ángel a la Academia, suscitó algún que otro comentario, pues la Facultad de Farmacia se creía con más derecho a poseerlo. Los comentarios llegaron a mis oídos y comprendí que la Facultad tenía razón al

desear ser la depositaria de ese legado, insistiendo en que Don Ángel, no solo había sido catedrático en la Facultad, sino que había ocupado los cargos de Decano durante muchos años y de Decano Honorario hasta su muerte. Dada mi amistad con el decano entonces Benito del Castillo, me solidaricé con el problema y me puse a pensar que Don Ángel podía ofrecer otro legado que yo conocía muy bien: sus títulos y diplomas. Así que me puse en contacto con María del Carmen, su esposa, para convencerla que cediera a la Facultad los numerosos títulos y diplomas que yo había visto en sus casas de Madrid y Béjar. Hoy, gracias a la generosidad de la viuda e hijos de Don Ángel estos títulos y diplomas figuran en el Museo de la Farmacia Hispana y en la Nueva Facultad de Farmacia donde se ha dedicado un Aula a la figura de nuestro Don Ángel.

Y para terminar, voy a contarles algo, que ya hice en otra ocasión, que muestra el espontáneo y fino sentido del humor que poseía Don Ángel. Después de una sesión de la Academia a la que había asistido Margarita Salas, ella y yo con Don Ángel y con el recordado Angel Vián, de vuelta a nuestras casas, ellos se quedaron en la Residencia de Profesores. Al despedirse de nosotras, nos dijo muy serio: “ahora señoras más se quedan ustedes desangeladas”. Nunca mejor dicho porque nos quedábamos sin los dos Ángeles que nos acompañaban. Efectivamente, desangelados hemos quedado sus discípulos, los que hemos trabajado a su lado tantos años, los que lo seguimos añorando, añorando sus consejos, su vida ejemplar e intachable y su carácter bondadoso, no exento de energía, siempre dispuesto al diálogo. Sus discípulos, sus verdaderos discípulos, los que formamos el grupo de las ciento veintiocho Tesis doctorales, nos vamos haciendo mayores y es en esta época de nuestras vidas cuando más se siente la orfandad, muestra de ello es este homenaje que con todo nuestro afecto, gratitud, admiración y respeto, dedicamos a su memoria, hoy, este año, cuando se cumplen los 100 años de su nacimiento.